



El espacio del cine

Hay dos exposiciones que ocupan un lugar en el imaginario del aficionado al cine: la primera versión de «Ciné-Cité» en la Villette y «El siglo del cine» en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona. Aún siendo distintas en la presentación y en la concepción –el decorado como fetiche en el primer caso, la memoria del cine en el segundo– ambas respondían a un mismo tipo de relación con el cine: el cine como creador de mitología social. En cierto modo marcaban el final de una etapa, de lo que podríamos llamar la época clásica del cine. Y eran, en este sentido, un ejercicio de clasicismo.

A medida que el siglo xx caía, los lugares del cine han dejado ser el territorio ficticio del cartón piedra. Se ha impuesto la calle, el pueblo, la ciudad, espacios reales, que roturados por la mano del cineasta, se han convertido en territorios de la ficción. Podría decirse, como sustenta Jordi Balló, que «el cine se ha convertido en una categoría del espacio». ¿Tiene que ver con ello la apoteosis del cine documental, un género que tenía la reputación de menor y que crece a pasos agigantados? Más bien lo contrario: el prestigio recuperado del documental como la nueva relación del cine con el espacio son consecuencia de una exigencia de la cultura reciente. Es de la realidad que hay que hacer emanar la ficción, porque de otro modo ésta apabulla excesivamente a la realidad, hasta el punto de hacerla ininteligible.

Al modo de las novelas de Ballard, incluso el cine que fantasea sobre el futuro ha acabado optando por construirse sobre espacios reales. Al fin y al cabo es nuestro mundo el que determina el carácter distópico del futuro que nos espera y somos nosotros mismos –como ya vio Bradbury– los marcianos, aunque dudemos de serlo cuando nos vemos en los espejos deformadores del pasado mañana. *Batman* todavía fue una película de decorados, pero *El show de Truman* o *Eduardo Manostijeras* ya no. El espacio cotidiano es el territorio real que el cineasta explora y reimagina. El resultado es una especie de territorio común –la ciudad de los cineastas– sobre el que se despliegan las experiencias más diversas, en que directores, guionistas y arquitectos se encuentran, y entran en un diálogo a distancia fruto de las distintas maneras de ver la misma realidad. Este desplazamiento del cine a la categoría de espacio lo convierte en lugar de acogida de experiencias diversas que, a lo largo de los doce ámbitos de la exposición, entran en resonancia. Si el tiempo era la categoría *a priori* que determinaba al cine, ahora lo es también el espacio. Por ello ha dejado de ser motor de ideas para arquitectos, para convertirse en una forma de arquitectura en sí misma, si por ello entendemos a la roturación y construcción de un lugar.

¿Pagará el cine con ello el precio de una pérdida de valor simbólico? El fetichismo del cine cambia. El lugar compite con el rostro, porque el lugar –a diferencia del decorado– también es artista, está vivo y se mueve.